

PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
DE
ANTEQUERA

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS
REMEDIOS EL DÍA 27 DE MARZO DE 1.993.

POR

D. JUAN ANTONIO ÁLVAREZ GORDILLO

Datos biográficos de D. Juan Antonio Álvarez Gordillo.

Nace en Antequera el 7 de Diciembre de 1.958 en el barrio de Santa Catalina, trasladándose de pequeño al no menos popular barrio de la Cruz Blanca, el barrio de la Trinidad, donde empieza a conocer el mundo cofrade.

Recibe la Primera Comunión y Confirmación siendo alumno del Colegio Nuestra Sra. Del Loreto de las M. M. Filipenses (popularmente Recoletas), pasando posteriormente al Colegio de los Hermanos, en la calle Obispo, terminando el bachiller y el C.O.U. en el INSTITUTO DE Enseñanza Media “Pedro Espinosa” de nuestra ciudad.

Con trece años se vincula a la Cofradía de Nuestra Señora del Socorro, en la que sigue colaborando activamente como delegado de cultos y liturgia.

Sus estudios de Magisterio los realiza en las Escuelas Universitarias “Monseñor Cirarda” de Jerez de la Frontera que terminados, se traslada a Griñón (Madrid) para realizar los estudios propios de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a las que pertenece.

Su primer destino docente fue en San Fernando, pasando a Chiclana de la Frontera, Melilla, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera y Andújar. En todas estas ciudades estuvo vinculado al ambiente cofrade, enriqueciéndose del sentir religioso popular de estos distintos rincones andaluces, que le ha permitido tener una visión más general del mundo cofrade; visión que le ha permitido dar numerosas charlas a distintas cofradías andaluzas: Pregón de la Semana Santa de Melilla en 1.992, Pregón de la Semana Santa de Antequera en 1.993, y la Presentación del Cartel de Semana Santa en 1.994 en el Puerto de Santa María, titulado “ La Madruga”.

PREGÓN

Señor mío y Dios mío, realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar, te adoro con profunda reverencia.

Excmo. Sr. Alcalde.

Autoridades.

Ilustres miembros de la Junta Directiva de la Agrupación de Cofradías de Antequera.

Reverendísimo Provincial de los H.H. de las Escuelas Cristianas y Hermanos de la Salle.

Entrañables amigos de la Cofradía melillense de la Soledad de Nuestra Señora y del Cristo de la Paz.

Queridos padres y familiares.

Cofrades y amigos todos.

Permitidme que antes de amarrar la almohadilla de mis devociones, antes de vestir la túnica de hermanaco y poner mi hombro bajo las parihuelas y sentir en mis adentros el escalofrío de la voz fuerte del Hermano Mayor para que se levante el paso de mi torpe pregón. Me vais a permitir poner mis rodillas en tierra y ofrecer este quehacer a la que es Reina del Cielo y Señora de los Remedios.

Porque como Hermanos de las Escuelas Cristianas e hijo de San Juan Bautista de la Salle que soy, el nombre de María resuena en mi alma, y se difumina en mi sentir como un agua fresca. Porque María es el manantial puro por el que corre la misma Gracia de Dios.

Señora, ante Tus plantas mi pregón, como una ofrenda. Ante Tus plantas, como Madre y Alcaldesa de la ciudad, como graciosa ayuda para nuestra salvación, ante Tus plantas mi pregón, como Virgen de los Remedios, Virgen chiquita de Antequera.

Ante tus plantas mi pregón, porque eres Señora del Socorro. Señora de manos orantes, refugio del Portichuelo, aurora de Dios y claridades. Mi pregón ha de quedarse como enroscado, como dormido, como soñado en las sombras divinas de Tus manos. Y ante tus ojos han de quedar mis marcadas torpezas.

Ante Ti, Madre del Consuelo, ha de quedar acurrucado el sentir profundo de este humilde pregón que osa ser barquilla para navegar en las aguas tranquilas de tu pecho de Madre Buena. Y quisiera que la gracia suprema de Tu nombre salpique desde mis labios, llenando de luces nuestros corazones. Quiero que la sombra divina de tu nombre ponga frescura en nuestro sofoco. Quiero que en Ti encontremos el camino de Dios, y a Dios mismo.

Y porque eres Madre de Dios dejaste en el mundo la estela maravillosa de tu mediación. María Inmaculada, Sagrario de Cristo, Estrella Lasaliana, Flor de Piedad, Soberana del Mayor Dolor, Anuncio de Soledad y Esperanza nuestra. Porque eres Madre de la Paz y porque eres el llanto de Antequera vocifeando al mundo el gran anuncio del drama de la Pasión. Ante ti Madre del Rosario y Madre de nuestra Salud, dejaré la sencillez de este pregón para que lo llenes de amaneceres encendidos, de amores resplandecientes.

Caído mi fervor por Tu mirada
y lleno de ilusión con sólo verte
el suspiro de mis labios se convierte
en gemidos de una noche desmayada.

La tiniebla de mis obras corre y vuela
buscando en tu Piedad no cansarme
y al querer buscar en tus Dolores refugiarme
todo un Dios llena de luces mis fronteras.

En la flor blanca y dolida de Tus manos
mi pregón descorrerá sus cortinajes,
mi rodilla, toda en tierra, en homenaje
y mis labios en la Paz de mis HERMANOS.
Todo en Ti, Señora del Mayor Dolor, acurrucado
porque sabes ser la Madre de las gentes
del cansado, del devoto penitente
del dolido por amor crucificado.

Y en tu Vera Cruz, fuente viva dolorosa
mi pregón será un altar para Tu llanto
el gemido que se hace todo canto
de las flores del camino y de la rosa.

Y por ser sangre que recorre mis versos
y dolorosas que me roba el corazón
sean Tus manos las que lleven mi pregón
por el ancho mar cansado de Tus penas.

Se define la amistad, como el afecto o cariño entre las personas. Para los cofrades la amistad y la fraternidad deben ser los sentimientos mas arraigados, los que más se valoren, los útiles cotidianos de trabajo.

Don Juan de Dios, ha demostrado ser un buen cofrade, pues su generosidad y afecto, han manifestado unos deseos propios de un buen amigo, superando con creces la realidad de mi persona.

Gracias por tus palabras, Juan de Dios, y al mismo tiempo quiero pedirte perdón por no estar a la altura de esos niveles tan altos que tu Pregón marcó.

Queridos hermanos todos de la Agrupación de Cofradías, gracias igualmente, por haberme brindado la oportunidad de acceder al más alto honor para un cofrade: Pregonar la Semana Santa de su Tierra. Pero os pido que sepáis tratar con benevolencia los desaciertos que sin duda abundarán en mi intervención.

Cuando Don Francisco Pérez Morilla, me comunicó oficialmente mi nombramiento como Pregonero de la Semana Santa, confieso que no me cogió de sorpresa; buenos amigos,

no habían podido aguantar su satisfacción, pues mi nombramiento era el de cada uno de ellos y me pusieron al corriente. Pero he de decir que cuando la carta de la Agrupación de Cofradías de Antequera llegó a mi Colegio de La Salle de El Puerto de Santa María y la leí con detenimiento, un escalofrío recorrió mi cuerpo, y me pregunté: ¿Yo Pregonero de Antequera?

Es verdad que lo fui de esa ciudad tan española, que aunque separada por el mar esta cercana como hermana, fui aprendiz de Pregonero, gracias a los queridos cofrades de Melilla, pero esto no era suficiente. ¿Qué podía yo decir, esta noche, después de los magníficos Pregoneros que me han precedido? Aun sonaba el trinar de Pareja Obregón en el maravilloso marco de San Juan de Dios. Junto a este espléndido pasado intuía que cada cofrade tenía su pregón en el corazón, mejor y más bonito, más sentido que el que nadie puede decir, y si a esto unimos mi inexperiencia, no sólo poética que más bien es incapacidad, sino oratoria y recitadora, mi presencia aquí sólo se justificaba por mi convicción de cristiano, de cofrade al servicio de la Santa Iglesia y de las Hermandades.

Así por obra y gracia de vuestros corazones generosos, yo un hijo que está fuera, he llegado hasta aquí. Y abrumado por la gran responsabilidad de ser Pregonero y sobrecogido por el lugar en que este año se celebra el Pregón, desearía que mi intervención fuese un diálogo directo, más bien un susurro al corazón de cada uno aquí presente, más que un grito bullicioso y colorista.

Antes de adentrarnos en el canto emotivo de cada una de las estaciones de penitencia, porque a mí me gusta llamarlas así, más que desfiles, antes de esto, había, necesariamente, que dejar bien sentado cómo vive y debe vivir un cofrade.

El cofrade antequerano debe saber de la extrema seriedad y responsabilidad cristiana que conlleva desempeñar un cargo directivo en una Junta de Gobierno y sobre todo debe tener muy claro cómo se debe efectuar la Estación de Penitencia para que constituya una labor plástica de apostolado, que penetre por los sentidos y transmita el mensaje evangélico para la que fue creado. Debe ser consciente de que si tales fines se quedan sólo en una pretensión, únicamente habríamos conseguido mostrar a los fieles un desfile, más o menos espectacular y colorista, pero totalmente carente del más mínimo sentido religioso-apostólico. Cofrades he aquí la tremenda responsabilidad. Nuestras procesiones tienen que ser solamente y únicamente manifestaciones de la fe de un pueblo, y todo nuestro empeño debe ir enfocado a tal fin.

La vida de un cofrade se tiene que apoyar, necesariamente en dos rieles sobre los que ha de rodar toda su actividad y la de su Cofradía. La fe y la generosidad. Dos rieles sin uno de los cuales la misión del mundo cofrade descarrilaría. Todo esto sintiéndose siempre hijo de la Iglesia y estando dispuesto a cumplir con la vocación de todo hijo de Ella que es evangelizar.

Este mundo de las Cofradías está muy lejos de ser sólo una mera fuente de información pintoresca, donde el cofrade sólo aprende quienes son los autores de determinadas tallas o cuándo se hizo la reforma del manto, etc... La Cofradía muy por encima de todo esto, es una escuela cotidiana, viviente y práctica de formación cristiana y humana, de formación fraternal, altruista, convivencial, democrática, testimonial, evangélica, caritativa y justa.

Las Cofradías tienen también la responsabilidad de ser las depositarias de numerosos valores culturales y populares, de ellas depende todo un patrimonio acumulado durante años y siglos, lleno de arte y belleza más que de riqueza. Y este Pregonero sabe muy bien de vuestros esfuerzos, luchas y desvelos por restaurar y mantener abiertos al culto los templos, donde tenéis a vuestros sagrados titulares.

Por todo esto, señoras y señores, las Cofradías son un movimiento vivo, que está aquí, y que actualmente nadie se puede permitir el lujo de subestimar, porque hace ya mucho tiempo que pasaron a formar parte muy activa de la vida religiosa, asistencial y cultural de nuestro pueblo.

Y estas Cofradías, estas cofradías antequeranas, trabajadoras y enfervorizadas por un lado, incomprendidas y subestimadas por otro y por supuesto imperfectas por los dos, son las que hacen posible las estaciones de penitencia de la Semana Santa de nuestra Ciudad. Que como todo lo nuestro, no es mejor ni peor, es simple y a la vez complicadamente distinto. Al bullicio de las Vegas el silencio del Santo Entierro. Frente al rostro del Cristo de la Buena Muerte la mirada del Niño Perdido y los contrastes los podemos cerrar con el de la Virgen de los Dolores saliendo del convento de Belén.

Así demostramos nuestras costumbres y extrovertidos sentimiento religiosos, Antequera manifiesta su religiosidad incluso en su popular arquitectura.

Existen en la ciudad numerosas hornacinas que se repiten en los muros de sus edificios. Capillas tribunas que acercan más las sagradas imágenes al pueblo. Quizás las más conocidas de todas sea, por lo que al sentimiento artístico se refiere, como pieza singular del urbanismo castizo andaluz, la que se encuentra en la Plaza del Portichuelo.

Y no satisfecho aún con dedicar estas prolongaciones de la Iglesia, el antequerano coloca sobre sus nobles portales de piedra de sus casas las insignias que representan a sus Cofradías, queriendo manifestar los nobles sentimientos religiosos albergados en el interior de su hogar.

Antequera es, además un céntrico rincón andaluz, donde más suenan las campanas desde sus esbeltas y bien iluminadas torres. Entrañables campanas que tienen su propio lenguaje. Años atrás las he oído doblando por nuestros difuntos, alegrándose con nuestras bodas, llamando a maitines o señalando el Angelus desde nuestros recoletos conventos. Ahora generalmente, las solemnidades cofradieras son las que más hacen sonar sus bronces.

Con todo su corazón sensible, con toda su noble alma llena de sentimientos religiosos, Antequera comienza a aproximarse a la conmemoración de su Semana Santa. Por sus cuevas, plazas y calles se respira el ambiente cofradiero muchas fechas antes del Domingo de Ramos. Los almacenes cofradieros perderán el ambiente casi conventual que mantenían durante el año, y el viento marceño pulsa el sentir del cofrade para que se entregue con entusiasmo y fervor a los cultos que marcan sus estatutos. Sólo señalaré, la impresionante manifestación de fe que cada año, cuando llega el primer viernes de Marzo, manifiesta nuestro pueblo, al acudir a depositar, sobre los pies de Nuestro Padre Jesús el Rescatado el homenaje cariñoso de los labios acariciadores de los antequeranos. Imagen imborrable de mi infancia, vivida en la calle Cruz Blanca, manifestación fervorosa que aprendí bajo el ejemplo de la mejor catequista que un hombre puede tener, su propia madre.

Y así, entre estas y otras muchas cosas, propias del mundo cristiano-cofrade, se acercan los días grandes de la Pasión, Pasión que contempla Antequera siguiendo los pasos que dio Jesús camino de su divina tragedia.

La ciudad del Torcal se transformará en templo abierto y vivo, en la Jerusalén andaluza, para enmarcar, lo más realmente posible, una inimaginable e inolvidable historia de amor.

Subamos el primer peldaño de esa difícil escalera a la que ascendemos esta Semana Santa.

El Domingo de ramos nos trae la primavera triunfal de la entrada en la Jerusalén antequerana de un Jesús envuelto en el verde del olivo y el oro de las palmas, Jesús entrará triunfal cuando las puertas de la iglesia de San Agustín se abran de par en par haciendo que las candidas sonrisas de los niños se fundan con los aires de la Primavera. Porque es la llegada de Dios a lomos de un asnillo, quien llenará nuestras calles de ingenuidad y alegría. Palmas y ramos de bienvenida para un Dios bueno, para un Hombre honesto, acompañado de una Esperanza que nos sirve de guía, besando los aires de un Domingo maravilloso.

Y viendo a esos niños, vestiditos de hebreos, el Pregonero reflexiona en el recuerdo a esos otros que ni siquiera pudieron nacer, a esos otros niños que no pudieron ejercer su primer derecho, el derecho a la vida, a su propia vida; que nunca llegarán a conocerte, Jesús, que nunca podrán decir a sus mamás que los lleven a ver a la Pollinica. Por ellos, el Pregonero, quiere preguntarse y preguntar.

¿Quién taló las verdes ramas,
quién segó las ilusiones,
callando hermosas alondras
y pequeños ruisenores?.

Ya nunca podrán cantar
esos tiernos gorriones,
en el jardín de la vida
sus inocentes canciones.

Vocecitas condenadas
por las egoístas hoces
que van podando las ramas
antes que nazcan los brotes.

Pajarillos que jamás
encontrarán los calores
de una madre que les cante
tiernas canciones de amores.

¿Quién taló las verdes ramas,
quién segó las ilusiones,

quién les cantará una nana
a esos tiernos ruiseñores,
a esos niños inocentes,
a esos dulces gorriones,
quién mecerá sus temores?

Jesús, con su entrada triunfal en Jerusalén, deseaba que todos conocieran lo que tantas veces él mismo ocultó; que Él era el Mesías, el Esperado. Y la multitud se enfervoriza y grita con entusiasmo popular, con el entusiasmo de aquellos que esperan alivio para sus miserias.

Un grupo de buenos cristianos, pertenecientes a los distintos Centros Parroquiales de Acción Católica, quiso que el pueblo de Antequera, también sintiese lo mismo el Domingo de Ramos. Y desde 1.950 Jesús triunfante es aclamado por los antequeranos, como respuesta a esos otros fariseos, de ayer y de hoy, que se mezclan con la multitud enfervorizada, sin poder ocultar su escándalo por tanta desmesura, tanta sonrisa, y tanto entusiasmo. Ellos vienen con la crítica preestablecida, con la opinión ya formada y deformada, y estos que tanto critican a las cofradías, como aquellos otros, te piden Jesús, que nos reprendas, por tanto júbilo, y Tú con sencilla energía les respondes: “Os digo que, si estos cofrades callaren, gritarían de alegría las piedras”.

Tragedia detrás de tanto júbilo. Comenzaba a anidar la muerte. Jesús se retira al Huerto a orar.

Un lugar plantado de olivos que San Marcos y San Mateo llaman Getsemaní. En este sobrio paraje, en una noche fría, sintió Jesús la crisis más desgarradora que conoció nunca: la del choque, en Él de sus dos naturalezas, la divina y la humana. El combate del alma más recta que hubo jamás, contra el Poder de las Tinieblas, contra la tentación de la facilidad, de la comodidad, del egoísmo, que tanto impera, también en nuestra sociedad actual.

La Oración en el Huerto de nuestra Semana Mayor, es una imagen real, traspasada en el tiempo gracias al artista antequerano Don Antonio Checa. Él supo plasmar la devoción en arte dando un fiel reflejo de lo ocurrido allí. Hermosa imagen de Jesús orando de rodillas, pidiendo al Padre Eterno con angustia y mirada suplicante, que pasara ese cáliz amargo.

Nuestro Señor continúa en meditación durante tres horas, para tomar las fuerzas necesarias que le permitan realizar su Sacrificio. Y desde lejos, en el Cenáculo, persevera su Madre, María Santísima de la Consolación y Esperanza suplicando a Dios Padre que le diera muchas fuerzas a su Hijo.

Y tenía que ser así, la Madre sin pecado original, pero valiente como ninguna, haría que la sangre de sus entrañas se convirtiese en flores de amor. Esta Esperanza de Jesús en el Huerto, es Consolación para todos y esperanza para sus cofrades.

Y de verdad, qué preciosa es la imagen de María Santísima de la Consolación y Esperanza. Dicen los que saben de eso, que antes era Consolación y Correa, habitual en los conventos agustinos y que tenía un divino niño entre sus manos. Hoy entre sus manos han brotado unas ramas de esperanza, cuajadas de semillas que quieren ser aceite para ungir nuestras frentes y aliviar así las penas de las mujeres y hombres de Antequera.

Yo Virgen Santa, te imagino humilde y nazarena, confundida entre las antequeranas, bajada de tu paso y sin tu manto de terciopelo verde. Te imagino bonita y sonriendo a través de tu carita de niña buena, buscando un sitio desde donde poder ver a tu Hijo, el Dios Hombre, que las palmas y los ramos no te dejan presenciar. Si no encuentras sitio, Madre, si tus ojos no pueden seguirle de cerca a su paso por la calle Estepa, manda a una paloma de los Remedios que le diga a tu Hijo estos versos que el pregonero arregló para Ti.

Ponte donde yo te vea,
dale ese gusto a mi cuerpo
aunque otras cosa no sea
sino verte repartiendo
bendiciones por mi pueblo.

Bendice al necesitado
al que trabaja constante
y al que sufre con su paro.

Al hombre rico y al pobre
a ese niño y al anciano
a los que saben quererte
y al que te tiene olvidado.

Qué yo, firme en esta esquina
enjugaré sollozando,
con mi manto verde de esperanza
tu camino de Calvario.

El prendimiento de Jesús por los esbirros del Sanedrín y su inicua ejecución no constituyen sólo un episodio más en la historia del profetismo judío y en la de las vilezas políticas. Para el Cristianismo, es la ocasión del supremo misterio, el de la Redención. Era preciso que Jesús fuese entregado. Toda la vileza del hombre debe pesar sobre Cristo, a fin de que su sacrificio sea completo.

Empieza la hora de los grandes silencios del Maestro y de la gran locuacidad de sus enemigos. Jesús entra en su Pasión.

Comienza una serie de torturas en las que iba a correr, sin tregua y cada vez más, la sangre de Cristo. Pilatos había dicho que castigaría a Jesús antes de soltarlo; obligado a liberar a Barrabás, mantuvo igualmente su orden e hizo flagelar al inocente. El único Evangelista que no refiere este espantoso episodio es San Lucas, diríase que un sagrado horror retuvo al autor del texto santo de comentar esta infamia.

Resulta vano intentar explicar el horror de la escena e imaginar a Jesús atado al fuste y recibiendo los atroces golpes.

La flagelación que entre los judíos no podía pasar de 39 azotes, no tenía límite a la barbarie entre los romanos, cuanto más los verdugos que azotaron a Jesús no eran romanos, sino orientales al servicio de ellos, gentes bárbaras para quienes golpear era un desahogo.

Jesús una vez más se sintió solo en medio de la jauría humana. Su cuerpo era el de un hombre, su miedo el de un hombre. Pero sus pensamientos eran los del Hijo de Dios: “Amad a los que os odian”, “Haced el bien a los que os maldicen”, “Temed a los que puedan hacer daño a vuestra alma, no a vuestro cuerpo”. Un nuevo golpe vendrá a borrar las fronteras del consuelo. Su espalda era ya un campo arado, rajado como `por cuchillos y la sangre se mezcla con largos surcos azules y morados. Sus divinos ojos no podían ver la sangre que resbalaba ya de sus pies al suelo.

El espíritu se subleva ante este espectáculo, pocos, entre los artistas que lo tomaron como tema, supieron, expresar su horror y su trágica dureza. Los estremecedores momentos supieron ser plasmados por un artista alpujarreño, afincado en Antequera; Andrés de Carvajal, quien, hace ya más de doscientos años, realizó las fervorosas tallas del Cristo de la Columna y la de Nuestro Señor del Mayor Dolor.

Jesús atado a la columna se presenta ante nuestros ojos, la noche del Jueves Santo, con su mirada puesta en el cielo, es ejemplo para todos nosotros de aceptación, entrega y humildad, y en esta santa noche, tú cofrade, tú cristiano antequerano, que diriges tu mirada al rostro de Jesús el flagelado, mira con misericordia al que sufre y al pobre, y extiéndele tu mano.

Era la primera vez que Jesús derramaba su sangre a manos de hombres. Hombres que no podían sospechar a quien azotaban.

Alguien cortó. por fin, el juego macabro, antes que el condenado muriese. Desataron al divino Cordero apaleado y su cuerpo cayó al suelo como un saco pesado.

En el silencio de la noche, en la plaza de San Sebastián, aparece el Señor del Mayor Dolor, con la majestad del Rey de Cielos y Tierras y con la humildad y el dolor de Cristo caído. El Cristo derribado por los golpes del sayón, verdugo material de la flagelación.

Sobrecoge tu presencia; y del mayor al pequeño se avisan. ¡Ya sale el Mayor Dolor! Y sus ojos te buscan y recorren tus heridas y describen tu llanto, queriendo empapar tus lágrimas, quisieran aliviar tus penas, fundiendo su mirada con tu mirar que ofrece ya perdón y cielo.

Y el amor de tu pueblo se hace brisa que reconforta tus heridas. Señor del Mayor Dolor que caído en el suelo, nos miras.

Tú que eres Dios y te muestras indefenso, y que ofreces a los hombres el refugio amoroso de tu mano.

Métenos Padre Eterno en tu pecho, misterioso hogar.
Dormiremos allí, que venimos deshechos del duro bregar.

El Pregonero sabe del cariño y fervor que los hombres de fe de Antequera le tienen al Señor del Mayor Dolor. Tengo muchos recuerdos serios y profundos, muchos testimonios vistos y oídos que no sería oportuno contar aquí, sin la autorización de sus protagonistas, y

que manifiestan que en esta Cofradía se reza de verdad. Oraciones que llegan hasta el Cristo para que vele por los dolores del mundo y sepa disculpar nuestras debilidades.

Con el corazón aún sobrecogido por la visión del Santísimo Cristo del Mayor Dolor, nuestra alma busca a la Madre. Esa Madre que sabe que su Hijo es todopoderoso en Cielo y Tierra; Pero que vislumbra que el dolor que sufre es necesario y eso se nota cuando vemos a la Virgen del Mayor Dolor en la noche del Miércoles Santo.

Y yo, Señora quisiera para tu consuelo dedicarte, a Ti y a tus cofrades, que te veneran y sirven con amor estos versos.

Porque tu dolor no encuentra
lugar donde reclinarse
en todo el cielo del Miércoles
tu Mayor Dolor no cabe.

Alaridos de silencio
te galopan por la sangre
como potros desbocados
sin que los escuche nadie.

No hace falta que te esfuerces
no es necesario que hables,
porque tus manos reflejan
el Dolor de tu semblante.

Cuando llevaron de nuevo al prisionero delante de Pilatos, este se impresionó al ver al moribundo Galileo, e hizo adelantar a Jesús hasta el mismo balcón que daba sobre la plaza y gritó: “He aquí al hombre”. San Juan es el único apóstol que transcribe estas palabras de Pilatos. La intención del gobernador romano sería la de provocar entre el gentío, la compasión por un lado y por el otro, reírse de cómo los sumos sacerdotes podían tomar en serio a un pobre hombre así; ahí tenían su caricatura de rey.

Pilatos no pudo comprender la suprema grandeza de este instante en la que Cristo mostraba toda su humanidad ante toda la turba que llenaba el patio del Pretorio. Pilatos tampoco sospechó siquiera que estaba sacando a Jesús no al balcón de su palacio, sino al de la historia. Allí quedarían los dos, Jesús y Pilatos, como símbolos, uno de entrega, el otro de cobardía.

Cristo se nos muestra en todo su dolor. El Ecce Homo será no un objeto de burla y ni siquiera de compasión, sino del más encendido amor. Ese rostro dolorido, esa cabeza traspasada de espinas, esa mirada baja, esa boca entreabierta, esas manos atadas, arrastran tras de sí la entrega de los santos, las lágrimas y los pecados de nosotros, pequeños cristianos.

En el Martes Santo antequerano, hay que emocionarse... y hay que ponerse serios. ¿O no impone respeto ese Cristo del Rescate por las calles de Antequera?. El convento de la Trinidad guarda en su interior esta venerada imagen. Pero son tantos los que deseamos contemplarla y pedirle perdón por nuestros pecados, que el convento se abre y ensancha por

las calles y plazas, para que todos podamos rezarle al Rescate; esa bendita noche del Martes Santo.

El Pregonero ha visto de pequeño como los hermanacos del Rescate al pasar al lado del hospital de San Juan de Dios, que lo tenemos hay cerquita, han vuelto a su Señor para que les diga a los enfermos que sufren allá adentro, que el dolor es más llevadero cuando hay fortaleza para luchar contra él con el arma de la esperanza. Y yo desde aquí, si me estáis viendo, o escuchando hoy os digo, os pido, que luchéis, que no os deis por vencidos, que comprendáis que todo es pasajero y que sepáis cada día, descorder las cortinas de vuestros amaneceres con alegría y fe.

A Nuestro Padre Jesús Rescatado, solemne y serio, lleno de dolor por nuestro pecado, el Pregonero quiere decirle en voz baja:

Tienes Jesús del Rescate
tanta emoción reflejada
tanta miseria atada
que déjame que te diga:

Para que el hombre te siga
y busque su salvación
dile que la Redención
sólo se consigue amando
y que también perdonando
logrará tu bendición.

Imponente es la razón
suprema que mendigas
para que el hombre te siga
y descubra por tu amor
que no hay ejemplo mejor
que el ejemplo de tu vida.

Hermandad pionera en actividades que hace enmudecer el silencio a través del respeto que impone su estación de penitencia y numerosísimo grupo penitencial acompaña a nuestro Rescate, por las calles de Antequera. Penitencia integrada por devotos de todas edades y condiciones, arropados entre sí, autoprotegidos de la humedad de la noche y de la frialdad de muchos corazones que, quizás, no entiendan su manifiesta devoción.

Junto a Ti, Señor mío, va esa mujer convaleciente, que tantas veces, quizás con denodado esfuerzo, superó los escalones de tu templo para postrarse ante Ti. El padre de familia atosigado de problemas que no tiene en su barrio a quien contarle y se acercó al que de seguro sabía le iba a escuchar. Los ancianos, que con sus cuerpos oscilantes te acompañan desde hace años, preguntándose cuál será su última estación de penitencia en esta vida.

Todos ellos y otros muchos más, con su íntimo enigma, pasan ante nosotros el Martes Santo, a cara descubierta, revestidos solamente por el habito de la propia fe.

Bajo la mirada de Nuestra Señora de la Piedad, el Pregonero quiere hacer un homenaje a la mujer cofrade que debe estar en el seno de las Hermandades con plenos derechos y deberes y en igual de circunstancias con el hombre. Aún hay quienes creen que una procesión es sólo cosa de hombres. Gentes que olvidan la valiosa aportación de la mujer al mundo cofrade.

Esas mujeres son las que transmiten a sus hijos la semilla de la fe y la tradición, son las que ejercen una labor excepcional en tareas de catequesis de ayuda tanto exterior como interior en las Hermandades. Son esas mujeres que se han propuesto, y lo han conseguido, sacar del olvido la tradición de la mantilla española. Esa es una labor de “rescate cultural” logrado por ellas. Que muchas veces, y yo lo sé, se han sentido desanimadas por las críticas sin argumentos de quienes intolerantes no admiten que otros tengan un pequeño protagonismo.

Y a esas mujeres, como las de la venerable Cofradía de María Santísima de la Piedad, en su exaltación de la mantilla, a esas otras mujeres que con su generoso corazón de Camareras ponen un contrapunto de amor y dulzura al dolor y gran pena de Jesús y de su Santa Madre, y a todas las que estáis en las Cofradías de Antequera quiere decirle el Pregonero:

Que Dios ha hecho muchas cosas perfectas y entre ellas la mujer y la rosa. Y a esas rosas, a esas mujeres cofrades de Antequera que simbolizo en la mujer de mantilla del Rescate van dedicados estos versos.

La mujer escolta Señor tu camino
con amor de madre enamorada
con dolor de madre atormentado
que busca en tu mirada su destino.

Mujer de la Piedad enamorada
mujer tantas veces olvidada
que esperas con amor y pena
igual que los hombres ser tratada.

Era ya casi mediodía cuando Pilatos, después de firmar la sentencia de muerte, dio orden al tribuno de que todo se hiciese como de costumbre y redactó personalmente lo que debía escribirse en la tablilla: Jesús Nazareno, rey de los judíos. Esta tablilla sería colgada al cuello del condenado durante el camino y luego se clavaba en la cruz, para que cuantos pasaran pudieran saber la razón por la que se había ajusticiado.

San Juan nos informa que Jesús llevó su propia cruz. Pero probablemente se refiere, igual que otros cronistas de la época, sólo al travesaño superior de la misma. Esta parte pesaba en torno a los treinta y cinco kilos. La cruz entera pesaba unos noventa.

Hoy podemos asegurar, después de las investigaciones, que la cruz no se llevaba armada, tal y como la han representado con gran fervor y devoción los artistas tradicionales, el condenado llevaba sobres sus espaldas el leño horizontal. Pensar que Cristo, tan debilitado por las torturas, pudiera transportar la cruz entera, parece imposible.

La Cruz recorrerá nuestras calles sobre el hombro de Cristo. Cristo en cuatro de sus más expresivas advocaciones: Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santísimo Cristo del Consuelo, (Señor Caído), Dulce Nombre de Jesús y Jesús Nazareno ayudado por el Cirineo.

Fue aquella tarde de Lunes Santo, de hace ahora quince años, en la que te sentí de una forma muy especial, distintas a otras. Te vi más cerca que nunca, Nazareno de la Sangre, tan cerca que cargue con tu trono para llevarte a cuantos te quisieran ver.

Aquel Lunes Santo, no me atreví a decirlo a nadie, hice mi estación de penitencia de hermanaco, agarrado a tu trono, con la mano derecha y llevando en la otra la horquilla, me di cuenta que no podría sacarte más, pues mi débil y enferma espalda no aguantaba lo que aguantabas Tú.

El Pregonero llegado a este punto quiere dejar constancia de su respeto profundo, de su admiración sin límites hacia esos hombres, los hermanacos, artífices de la medida, arquitectos del espacio justo, que capitaneados por el Hermano Mayor de Paso, han escrito sobre las cuestas, plazas y calles de Antequera las páginas más bellas, más preñadas de hermosura, la gesta singular de llevar a nuestros Cristos y a nuestras Vírgenes, como por un camino que va derecho a la gloria.

Y para ellos, Nazareno de la Sangre, te pido que los lleves, como ellos te han llevado a Ti, y que la misericordiosa almohadilla de la parihuela de tu clemencia ayude a sus almas hasta elevarlas al Cielo, cuando dejen este suelo.

El Viernes Santo Antequerano tiene un aroma especial que sale a borbotones por la iglesia de Santo Domingo, para mostrarnos la bellísima imagen del siglo XVI del Dulce Nombre de Jesús.

La negrura de la noche hace que los perfiles de este Nazareno adquieran carácter impresionante. Muchas veces, el Pregonero, lo ha mirado a la cara, en la plaza de San Sebastián cuando regresaba a su templo, y ha pensado que el Dulce Nombre es un reflejo vivo de un Nazareno de verdad.

¡Fíjense que hermosa conjunción de advocaciones se reúnen en esta entrañable Cofradía: Dulce Nombre de Jesús, Cristo de la Buena Muerte, María de la Paz. Por eso no es de extrañar que los saeteros se den cita al paso de sus tronos, con esa saeta que en Antequera adquiere forma distinta, más dramática y menos floreada que en otros lugares. Saeta misteriosa que pocos saben de donde viene, pero sí a donde va; la saeta es la forma genuina andaluza de llegar a Dios a través de la profundidad sentimental expresada a niveles artísticos y en homenaje a estos saeteros, alguno conocido muy personalmente por mí y por muchos de ustedes. Yo quiero decir:

De religioso venero
que la saeta es oración
que nace del corazón
profundo del saetero.

La saeta es devoción
por el pueblo compartida
y por Dios agradecida
por ser tan bella oración.

(M.Y.C.)

Nada dicen los textos evangélicos de las caídas de Jesús pero la tradición más antigua de la Iglesia ha señalado que por tres veces conoció el Señor la dureza del suelo.

En el anochecer del Jueves Santo y pasados los Oficios de la tarde que congregaran a los fieles para postrarse ante el Sagrario, donde debe vibrar toda manifestación de devoción y amor. Nuestros ojos contemplan al Santísimo Cristo del Consuelo.

A un Nazareno que tres veces cayó y tres veces volvió a levantarse. Y ahí ve el Pregonero la grandeza del cristiano y la justificación de nuestra debilidad.

A los que se escandalizan por nuestras caídas de cada día hay que pedirles comprensión, hay que recordarles que nadie es nadie para juzgar a nadie, que es fácil caer y difícil levantarse. A esos, además de comprensión hay que pedirles que no olviden la frase: “De hombres es el caer y de cristianos levantarse, –repito-, de hombres es el caer y de cofrades levantarse”

Cuando te veo, Jesús caído, Jesús deshecho, con el corazón roto, caído con la cruz y tal maltrecho, mi corazón quisiera consolarte, saliendo raudo de mi abierto pecho, para correr volando a levantarte.

Volando porque llega un momento en que el corazón vuela, cuando en la Plaza de Santiago aparece la Señora de los Dolores, Emperatriz de Antequera, verla a ella es convencerse de que la belleza existe y que también su pena no tiene límites. Porque Ella ya no puede más y parece que no va a poder estar con su Hijo cuando el madero sea izado sobre el vértice del Calvario.

¿Qué puedo decirte yo, Señora?. Sólo que sigas adelante, adelante, que todos te queremos ver y que tu presencia será para tu Hijo como orquídeas plantadas entre la aljama de los sufrires.

¡Sigue adelante, Virgen de los Dolores!. No puedo decirte más.

Dolores de mis entrañas
que yo ya no tengo labios.
Que ya no tengo requiebros
con que apagar tanto llanto.
¿Qué puedo decirte a Ti,
si al mirar tu rostro llorando
descubro el puñal
que el alma me está segando?

No puedo hablar de tu linda cara,

ni de flores, ni de espárragos.
No puedo hablar de lo inmenso
de Tu mirada al mirarnos.

Dolores de mis entrañas
que yo ya no tengo labios,
yo sólo puedo decirte:
¡Sigue en tu Jueves Santo!
Sigue aromando de flores
las esquinas y los patios,
los balcones y las calles,
las fuentes y torres.

Sigue adelante, María.
Sigue llorando tu llanto.
Sigue adelante, Dolores.
Sigue adelante, besando
la senda por donde pisa
tu Hijo, tropezando.

Y no llores por Él, llora
por los que aquí nos quedamos
queriendo ser cofrades
en este Jueves Santo.
Sigue adelante, María,
sigue en tu Jueves Santo.
Hazlo por Él, que te mira
sin saber si está mirando a
su Madre Dolorosa
o al mismo sol enmarcado.

¡Por Él!
Por Él, por lo que ya sufre,
por Ti misma, por Antequera
que a tus pies se te ha arrojado,
por tus ojos, por tu cara,
por tus lágrimas, por tus manos,
por este verso que está
en mis labios tiritando.
¡Sigue adelante Dolores!
¡Sigue en tu Jueves Santo!

Cuando la vista de la madre es arrebatada de los ojos de Jesús, el prisionero se viene abajo, sus pies vuelven a vacilar. El Centurión se acerca a El y examina su rostro. Ve los ojos perdidos, los labios temblorosos, teme que pueda morir allí mismo. Necesita a alguien que cargue con el travesaño de la Cruz y que alivie así al Nazareno.

¡Eh tú! Grita a un campesino al que obligan a cargar con el madero.

Los evangelistas transmiten, no sólo, el nombre de ese campesino sino también el de su tierra natal. Se llamaba Simón y era de Cirene la ciudad norteafricana a mitad de camino entre Egipto y Cartago.

Ese campesino probablemente al principio sólo sintió curiosidad, luego piedad y caridad por fin.

Los que año tras año hemos subido por la cuesta de Caldereros para contemplar en la plaza del Portichuelo la salida del paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno ayudado por el Cirineo nos hemos quedado asombrados ante la espectacularidad artística de los tres pasos de esta Archicofradía de la Santa Cruz de Jerusalén. Quien no haya visto entrar o salir de su templo los hermosos tronos, recortados por la silueta pétrea de nuestro Torcal y arropados por la fortaleza del Castillo, no ha visto una de las escenas más impresionantes y sobrecogedoras de la Semana Santa antequerana.

Pero es contemplando a Jesús Nazareno ayudado por el Cirineo, cuando dentro de nosotros se agita el egoísmo que no nos deja vivir. ¿ Por qué nosotros no somos también Cirineos que aliviemos la carga de las penas de nuestros hermanos? Para matar esta desazón está la virtud de la Caridad.

Caridad es darse a los demás por amor, ayudar a los demás en sus problemas, acudir cuando se nos necesita, aun sin ser llamados. Caridad es ayudar a la formación, es labrar futuros, pensar en los que pasan hambre, reaccionar ante la necesidad extrema de millares de personas que, todavía, mueren de hambre en el mundo.

En la imagen de mi querido Nazareno ayudado por el Cirineo, este humilde Pregonero ve sólo que Él nos pide que tengamos Caridad.

Yo le pido a su Hermano Mayor de insignia, amigo Juan Antequera, que me dejes decirle a tu Nazareno.

Quiero remediar tus males
por remediar Tu los míos.
Quiero bendecir el nombre
de tu anónimo tallista.
Quiero que tu amor me asista
en mis angustias de hombre.
Adorar quiero el hoyuelo
que señala tu barbilla.
Poner quiero en tu mejilla
un beso de terciopelo.
Entre mi suelo y el cielo
colocar tu amor en medio
y buscar en tu Socorro
piedad y consuelo.

La agonía de Cristo en la Cruz duró tres horas, desde la sexta a la nona, de la víspera del sábado. Eran las tres de la tarde cuando en el Gólgota cayeron aún de la Cruz algunas sílabas. “Todo está consumado” y luego una suprema plegaria: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Dichas como en un gran grito, como la exhalación de esta vida que se acaba y al decir estas palabras Jesús murió. Se cumplía así nuestra salvación por la sangre de una víctima inocente.

Desde tu trono, que sale del Real Monasterio de San Zoilo, vencido por la muerte pero triunfando sobre tus cofrades. Agotadas tus fuerzas mueres Cristo Verde, porque así lo quiso tu voluntad en sintonía con la de tu Divino Padre.

Todo es distinto, único en este Cristo de tonos verdosos, firmemente entroncado en una de las más ancestrales cofradías antequeranas.

Cofradía donde se hermanan el pasado con la esperanza de la juventud del presente. Cofradía que envuelve en andalucismo verde los primeros compases del Lunes Santo y que convoca en la Plazuela de San Zoilo un revuelo de jóvenes fervores. Una multitud en orden que se enciende con los últimos rayos del sol de una atardecer que pasa cada año a la posteridad. Y a vosotros jóvenes de esta Hermandad, el Pregonero, os quiere decir que a Cristo se le puede llegar con alegría y con sinceridad en la expresión del júbilo popular. Y además pienso que a Cristo le debe gustar la gente como vosotros que no buscáis medallas ni distinciones. Pero que debéis tener siempre la sinceridad de quienes rezan con el corazón y de quienes los hacen a su manera, aunque su manera sea convertir la oración en sentidas exclamaciones.

Y a vosotros os quiero decir también que si algún día perdéis el camino, y la tormenta de la droga os arrastra, volved vuestros ojos a esos brazos abiertos de Nuestra Señora de la Vera Cruz. Ella os llama a su regazo, como una Madre amorosa. Sus manos abiertas son una esperanza y vida desde el umbral de la muerte, una esperanza para aquellos que lloran y ella os ofrece el consuelo del pañuelo blanco que tiene en sus manos.

Señora de la Vera Cruz te pido, desde aquí, para que todos podamos luchar codo a codo contra esa plaga de la droga que mata y destroza a nuestros jóvenes, que es Cruz y Calvario de muchos hogares. Danos a nosotros fuerzas para que podamos estar a la Vera de esa Cruz con la esperanza de la recuperación.

Permíteme, Virgen de la Vera Cruz mirarte a tu primoroso rostro y poner bajo tus párpados estas lágrimas hechas verso:

Estás Señora
junto al leño de la Cruz
¡Qué alta palabra, Vera Cruz!
¡Qué manera tan graciosa
de enseñarnos la preciosa
lección de estar al lado de la Cruz!

En la Cruz Jesús hizo mucho más que preocuparse por el futuro material de su Madre, dejándola al cuidado de San Juan, nos la dio a todos como Madre.

Este es el argumento del trono del Santísimo Cristo de la Misericordia que se nos presenta la noche del Jueves Santo, acompañado por la Virgen de los Afligidos, por San Juan y María Magdalena que arrepentida se abraza al madero pidiendo Misericordia.

Misericordia para los que te buscamos sin dar la cara como Nicodemo, para los que, como Epulón, restregamos nuestros bienes sobre la necesidad del pobre; para los que nos contentamos con una religión de apariencias como los fariseos; perdón Señor. Para los que sólo creemos en lo que tocamos como Tomás; para los que nos encontramos con el dolor y volvemos la cara; para los que renegamos de lo que creemos, como Pedro; para los que miramos con suficiencia a los demás... Misericordia Señor. Y para los apóstoles de los nuevos tiempos, para los cofrades de hoy, por no saber estar a la altura de tu Amor... Misericordia, Señor, Misericordia.

Y a Ti, María de los Afligidos, que cumples fielmente como Madre al pie de la Cruz, la petición del Pregonero de que pidas a tu Hijo que escuche estos pensamientos:

Cuando te pido Misericordia
por mi culpa y mi pecado
yo me siento condenado
a darte una explicación.

Cuando te pido Misericordia
yo sé que estoy perdonado
porque nadie es condenado
teniendo tu absolución.

Cuando te pido Misericordia
te lo pido avergonzado
pues yo provoqué tu enfado
por mi falsa devoción.

Cuando te pido Misericordia
es que estoy en un estado
de hombre desesperado
que busca la salvación.

Cuando te pido Misericordia
y te veo maltratado
le pido a un crucificado
una difícil misión.

Cuando te pido Misericordia
después de haberte rezado
si Tú me has escuchado
tengo ganado el perdón.

Detrás de ese Santo Cristo una Virgen que impresiona, con una advocación que entenece: Nuestra Señora del Consuelo. Tanto amor hay junto a ella, que contagiado por un amigo de esta Hermandad, que ha vivido este amor por su Consuelo, desde chiquito, enseñado por su padre bueno. Me dirijo al paso de esta Virgen del Consuelo.

Paso de palio de la Virgen del Consuelo, te canta el Pregonero como homenaje a todos los de Antequera. ¡Paso de Palio de la Virgen del Consuelo!, capilla en movimiento que hace que nuestra Madre camine poco a poco, suavemente; y cómo camina. Hermanacos, que el viento de vuestro movimiento no haga que se apaguen las velas porque Ella va sufriendo su pena, su dolor y quebranto. Paso de palio de la Virgen del Consuelo, que sale de San Pedro, paso a paso, poquito a poco; así hermanacos del Consuelo, despacito, que no roce un varal; ánimo valientes que el amor es grande, que no se tronche una flor... que la música ayude a mantener las fuerzas, aunque el hombro duela, y que la fe os haga volar.

Que no se tronche ninguna ilusión y que vuestra fe no se mueva. Valientes hermanos de trono, dejadme dar la segunda “campaná”, dejadme decir en vosotros, por vosotros y con vosotros, aunque sólo sea en esta ocasión:

¡Arriba el Consuelo! ¡Arriba con Ella!

Sobrecogerá vuestras miradas las caricias de los últimos rayos de sol sobre el Cristo de la Buena Muerte y de la Paz saliendo de su templo.

Y podemos preguntarnos ¿Buena Muerte?. Qué aparente contrasentido. Cómo puede tildarse de bueno el final de la vida del hombre. Cómo puede hallarse bondad en un irse para siempre.

Cristo, clavado en la Cruz, sufriendo la peor de las muertes venció el reinado de las sombras y angustias y abrió ante nuestros atemorizados ojos la brillante perspectiva de la vida eterna disfrutando del Amor de Dios. Para el cristiano la muerte no es el final del camino sino el paso a una nueva vida.

Yo Cristo amigo, Cristo hermano cuando pases por la cuesta del Viento camino del centro de Antequera, el Viernes Santo recoge esta oración que hoy lanzo al aire.

A Ti te pido, Cristo de abajo:
Cuando se cierren mis ojos,
cuando mi vida se apague
cuando se seque mi río
y mi cuerpo se desangre.
Que te acuerdes de este viento
que te busca por el aire
que alegres mi sufrimiento
y perdones mis desaires.
Que protejas a mi viento
y no se lo lleve el aire.

Madre de la Paz, hablar de Ti, requiere un apartado especial, un punto y aparte. Quien te hizo, hizo el modelo y luego rompió el molde porque eres una de las imágenes más bonita de Antequera. El Pregonero te saluda porque transmites serenidad y paz interior; esa paz que nunca se extingue. Paz que te pido para mi pueblo y para el mundo entero. Y hoy de una forma especial quiero que se la des a un hombre bueno que está con nosotros hoy aquí, a un militar por vocación, a mi amigo Manolo González Peña, que este próximo lunes parte para Sarajevo, que él lleve de Tu parte, tu Paz, a ese pueblo destrozado por la guerra.

La noche del Viernes Santo Antequera se impregna de Paz, y mientras esto sucede, el Pregonero, como tantos años, con la insignia de la Cruz de Jerusalén en el pecho, tendrá el corazón puesto en las hermosas manos de dos Vírgenes Coronadas, que llenan la plaza de San Sebastián con su hermosura, María Santísima de la Paz y Nuestra Señora del Socorro. No se cabe en la plaza y toda ella se ha hecho un solo espíritu que busca en el rostro de la Bendita Madre que sea su Paz y Socorro, su Socorro y gran Paz.

Y cuando ya Madre de la Paz, tus hermanacos de trono te quieren subir corriendo por tu cuesta, yo le ruego a uno de ellos, que fue scout y que no quiere estar en el guión porque prefiere estar aún más cerca de Ti, que si es un buen scout y amigo que comparta conmigo su puesto y mirándote a tu lindo rostro de nácar, decirte:

No llores Tú, Virgen Pura,
que el corazón se me para
cuando veo Tu hermosura
y el llanto sobre tu cara.

Y la vista se me nubla
y mi mente se enajena
viéndote, Señora de la Paz
llorando con tanta pena.

Era yo pequeño, cuando cogido de la mano de mi madre, veía en la noche del Viernes Santo un pequeño trono con un Niño Perdido. Y contemplándolo a este divino Niño, otro niño empezaba a entender cual era el camino del cristiano; la vida con la Cruz en la mano.

Las primeras palabras pronunciadas por Jesús, que aparecen en los Evangelios, fueron pronunciadas en el Templo, cuando tenía doce años, según San Lucas. Con ellas el Niño Jesús ya manifiesta cual es su misión: Ocuparse de los asuntos de su Padre Dios. Asuntos que concluirá, aquí en la Tierra, la tarde del Viernes Santo.

Esta es la gran catequesis de la noche del Viernes Santo. La de un Cristo obediente al Padre Eterno desde el principio hasta la muerte y una muerte de Cruz.

Esto es lo que nos quiere decir este Divino Niño, con la carita de angustia y la cruz en la mano.

Yo me atrevo a poner en los labios de la Virgen de la Paz, esta nana a su Niño Perdido.

Duérmete Niño Perdido.
Duérmete mi Jesús,
que tu Madre no quiere
verte en la Cruz.

Duérmete en mis brazos,
flor de mi carne,
que tu madre no quiere
sentir tu sangre.

Duérmete sonriendo
fuera temores,
que tu Madre no quiere
ver tus dolores.

Duérmete con mi nana.
No te despiertes,
que tu Paz no quiere
ver tu muerte.

Es el momento, también, de subir al templo de San Juan y así poder ver de cerca, a esa bendita imagen del Santísimo Cristo de la Salud y de las Aguas. Imagen que es crisol de devociones antequeranas. Devoción y silencio en el mes de Mayo, y silencio espectador en la Semana Santa. A ese otro cofrade, a ese otro cristiano que son espectadores de las procesiones, les ruego que con su silencio y respeto den ejemplo, abochornando así a la chusma minoritaria, pero escandalosa que molesta por molestar y estropea, por cinismo, la compostura de la estación de penitencia.

A Ti, Señor Crucificado de la Salud, quiero retenerte en mi memoria enmarcándote en el arco de este verso:

¡Quién pudiera como tú,
Parroquia de San Juan,
tener en una capilla
al Señor de la Salud!

Lección sublime de un amor incomparable
la que Tú nos brindas en la Cruz clavado
dejando en el mundo fielmente marcado,
el sendero de una historia inolvidable.

Pero el cariño que te tiene Antequera no hay verso que lo explique, Santo Cristo de la Salud y de las Aguas. Como no hay verso que explique la marejada de dolor, la torrentera de silencios que se producen la noche del Viernes Santo, cuando la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, Quinta Angustia y Santo Entierro sale a la calle.

Y este año el devoto antequerano podrá volver a venerar a una imagen que recoge en el regazo el cadáver de su Hijo Jesús. Quinta Angustia, imagen más que dolorida, más que

angustiada por tan gran pérdida. Sobrecogedor será el mecido movimiento de trono, impresionante el paso quieto. Quietud inerte de Cristo, quietud expectante de María, quietud de nuestro símbolo salvador, quietud del aire para que se fije a él el sudario.

Jesús se ha muerto; y la Cofradía del Santo Entierro se va a encargarse de presentarnos su divino entierro, igual que lo hicieran Nicodemo y José de Arimatea.

Antequera lo entierra llevado en una urna que es una joya del rococó, donde carpinteros, escultores y orfebres pusieron lo mejor de su arte y esmero para que la justicia que se le negó se trueque ahora en póstumo homenaje. Y desde este hermoso y silencioso paso Jesús Yacente parece como si nos dijera, que su muerte fue buena para todos nosotros. Y no cabe la menor duda que se Muerte nos dio la vida. Yo me atrevería a depositar en los pies de este magnífico trono que alberga a nuestro Cristo muerto este corto soneto.

Yo siento, Señor, al verte
en muerte así tan serena,
que de dulzuras se llena
tu divino cuerpo inerte.

Y es que se cambia mi suerte
al cumplir tu condena
y ya estoy de enhorabuena
a la hora de tu muerte.

No temo a ninguna herida
que no hay muerte que se asombre
cuando la muerte da vida.

Ya te has quedado sola, Madre. Y sola, por los caminos enormes de tu pena, bajas del Carmen.

Bajas y subes sola, con su muerte y tus penas, con sus clavos y tus lágrimas, con sus espinas y tus soledades.

Y ahora al bajar, Señora, al bajar con tus angustias y soledades en la noche del Viernes al Sábado Santo, buscas y encuentras los frutos benditos de tu pasión de Madre: tus hijos de aquí, los hijos del Torcal y de la Vega.

Y estos hijos te llevarán en brazos por las calles oscuras de Antequera. Y tu sombra hará más negras las aceras y sentiremos que tus lágrimas nos lavan, nos purifican y nos acercan a la verdad sublime del amor de Cristo.

¡Soledad! No te sientas tan sola. Que ya tienes a tus hijos. Los hijos de Antequera y Melilla que nacieron separados pero unidos por tu enorme Soledad, Madre Buena.

La iglesia melillense del Sagrado Corazón volverá a abrir sus puertas para dejar salir a la Soledad. Y en esta ilustre y grande y muy noble ciudad de Antequera pasará la Soledad de

Nuestra Señora por sus calles. Imágenes de Nuestra Señora de Melilla y Antequera que tallaran las mismas estrellas con las gubias de sus brillantes resplandores.

Soledad de mi fe sincera,
de mi continua esperanza.
¡Soledad de mi confianza
entre Melilla y Antequera!
Deja que ilumine tu andadura
deja que tu frente pura,
llene con mi fantasía
mi pobre verso rendido
dentro de un Avemaría.

Tenéis que permitid que el Pregonero al pronunciar el nombre de su “Sole” de Melilla le brote el recuerdo de su Cofradía hermana, y se rinda una vez más, dejando abrir sus labios para pronunciar el nombre de mi “Socorrilla”, de la “Socorrilla” de todos los antequeranos.

Dejadme un minuto más, dejad que le dedique mi última plegaria. Pero no me dejéis solo. Vamos a pedirle a Ella que socorra nuestro futuro y el de todas las Hermandades. Pronunciar el nombre de Nuestra Señora del Socorro es sentirme hijo suyo, es sentirla Madre mía. Pronunciar el nombre de Socorro es deciros, algo que vosotros ya sabíais, que durante todo este Pregón la he sentido a mi lado. Pronunciar su nombre es traer a mi mente parte de mi infancia, mi juventud y mi vida entera, porque toda mi vida la he vivido junto a Ella. ¿No voy a quererla si Ella ha sido mi norte y mi guía?.

Pronunciar el nombre de Socorro es recordar a las mujeres y hombres de mi Cofradía.

Pronunciar el nombre de Socorro es tragarme las lágrimas y rogar por que la voz no se quiebre casi al final de este torpe Pregón.

Porque siempre he vuelto a Ti mi mirada en los momentos de alegría y de gran tristeza. Yo quisiera ya casi al final decirte: ¡Dios te salve, María!, ¡Dios te salve, Socorro!. Pero se agolpan en mi alma los versos florecidos de recuerdos, florecidos de vivencias, que piden paso, que quieren armar los aires, como la mejor ofrenda de amor. Vaya para Ti el último poema de este Pregón, para que Él te diga cuanto te quiero. A ti, Socorrilla, te buscan los versos casi al final de este pregón.

Siempre Socorro en el centro
siempre ocupando mi alma
siempre ocupando mis días,
mi corazón y mi estancia,
cada hora, cada instante
en este Valle de Lágrimas.

Siempre, Socorro, en el centro.
¡En el centro de mi infancia,
de mi juventud, de todas
mis noches y mis mañanas!.

Te llevo en el corazón
como a mi sangre y mi casa,
como a mis padres y mis hermanos.
Porque eres Tu mi alborada.
¿No voy a quererte, Madre?
Si me crié entre tus plantas.
Si crecí bajo tu manto,
y yo te hablaba y Tú me hablas.
Si con apenas doce años,
vestí la túnica y capa blanca.

¿No voy a quererte, Madre?
¡Más que a todo, más que a nada!
Con todo mi pensamiento,
con mi sangre y con mi alma.

Socorro, corazón.
Socorro, mi palabra.
Mi único vocabulario
lo aprendí junto a tu saya.

Socorrilla, mi Socorro.
¡Aquí está tu Pregonero,
llorándote en los Remedios!
¡Aquí estoy yo, Madre mía
con la voz rota y cansada,
diciéndote que te quiero
más que a todo, más que a nada.

¡No puedo quererte más!
¡Socorro!
¡Socorro de mi alma!

Este socorro que he implorado para mi y para todos ustedes, se hace realidad para toda la humanidad. Cuando la piedra que bloqueaba el sepulcro de Cristo, fue rodada y tras ella, habría ocurrido el mayor acontecimiento de la Historia.

Campanas de júbilo, para un Domingo glorioso. ¡Aleluya Cofrades!. Cristo no terminó en el Calvario. Cristo sigue vivo entre nosotros y muy especialmente en nuestros hermanos y en la Sagrada Eucaristía.

Cristo marcó con su resurrección, nuestra vida como camino y nuestra muerte como un punto y seguido de la eternidad.

Nada termina definitivamente, si morimos en los brazos de Cristo, quien crea en Él, no perdurará en la muerte. Su resurrección es nuestra alegría y la esperanza de nuestra Fe.

Jesús Resucitado, gracias a la Agrupación de Cofradías tiene también su procesión. No podía ser de otra forma. La razón de ser de la Semana Santa, lo que la hace gloriosa es la Resurrección.

Por eso la procesión de Jesús Resucitado no sólo debe continuar celebrándose como fin de toda la Obra Redentora, sino que ha de ser revestida de la mayor solemnidad. Más que la que más. Tiene que superarse y superar inconvenientes. Ese es un reto que tenemos todos los cofrades de Antequera. Porque esa y no otra es la procesión conmemorativa de nuestra salvación.

Antes de terminar debíamos recordad que allí donde se halle un vagabundo, un joven atenazado por la droga, una mujer herida y ultrajada, un niño que no le dejan vivir, un hombre sin amor, ni compañía, un anciano al final de su vida. Allí está Cristo Resucitado esperando que le echemos una mano.

La Semana Santa ha terminado. Toda esta única celebración pasional ha sido posible gracias a la fe y al esfuerzo de unos hombres y mujeres entregados o relacionados, de alguna manera con el mundo de la Hermandades y Cofradías. Ha sido posible gracias al cofrade anónimo, que ese sí que está pregonando nuestra Semana Santa, a los devotos de Jesús y María. Al pueblo cristiano de Antequera. A los esforzados músicos y bandas militares, autores de ritmos procesionales, envolturas sensitivas para nuestras oraciones. Y ha sido posible ¡Cómo no! a unos hombres de muchos pueblos y de Antequera que vienen a sacar a Jesús y María, año tras año.

Queridos amigos, mi torpe exposición llega a su fin. En mi pregonar he puesto todo mi cariño, todo el esfuerzo y amor que soy capaz de dar, mi mejor voluntad.

He aprendido muchas cosas y mucho me habéis ayudado para que pudiera ser vuestro Pregonero, pero mucho me temo no haber sabido transmitirlo.

Lo que sí, con la mano en el corazón, os puedo decir; es que me siento orgulloso de ser católico, de ser cofrade y de haber sido el Pregonero de Antequera.

La Semana Santa casi empieza hoy. Antequera la celebrará con dolor, con fe y amor, orgullosa de sus Cofradías y dentro de quince días saltará el júbilo en San Agustín por la Resurrección del Señor.

Por todo ello, amigos, devotos de Jesús y María. Cofrades de Antequera.

¡Bendito sea Dios!

¡Bendita sea su Santa Madre!

Gracias a todos.

Gracias Antequera.